

Pedro Trigo, S.J.

Qué es la primera comunión y qué hacer con ella

Dos actos en un solo rito

En los meses de mayo y junio suelen celebrarse las Primeras Comuniones en muchas parroquias. Es éste un acontecimiento complejo, y el no tomar en cuenta la pluralidad de significados que encierra es ocasión de un cierto desencuentro más o menos soterrado pero a veces muy profundo entre las expectativas de los padres de los muchachos y el modo como las parroquias conciben, tanto el proceso, como el acto mismo. Los responsables de la pastoral parroquial son propensos a conceptualizar lo que ellos perciben como reticencias de los representantes como falta de interés profundo por el acto mismo, incluso como despreocupación por lo que se va a realizar en el templo y desplazamiento de la atención a los preparativos externos y a la celebración profana, es decir, al vestido, a la fiesta, y por supuesto, a los padrinos. Alegan que ni siquiera comprenden el acto religioso y que su interés se centra en el acto social. Por parte de los representantes, las exigencias de los curas son entendidas como una especie de peaje. Como ellos son, digamos, los dueños del negocio, ponen unas exigencias para su provecho o desde su punto de vista que a veces parecen desproporcionadas para el objetivo (por ejemplo una preparación excesivamente larga y rigurosa) y a veces no se ajusta a él (tal como la insistencia en que los muchachos vayan al acto con un vestido sencillo o la advertencia de que no se gasten mucha plata en la celebración posterior).

Es un caso sintomático en el que se evidencia que lo que son los curas para la mayoría de la población no coincide con la autoconciencia que ellos tienen de sí y de su función. Por eso, en este caso es patente, están jun-

tos, pero no revueltos. Como el aceite y el vinagre. Realizan el mismo acto y para ambos es crucial la presencia del otro, pero el acto es distinto para cada uno. Quiero insistir en este punto. No se trata de que se viva con diverso grado de fervor o que se le otorgue un sentido en cierto modo distinto porque cada uno tiene una concepción cristiana dentro de la gama admitida por la Iglesia. El problema no es de más o menos calidad del acto ni de la variedad de vivencias o énfasis. El problema es de significado: son dos actos distintos. Aunque el malentendido se da porque, aunque sean distintos, sí hay puntos de coincidencia, que bien trabajados pueden ser de encuentro. Pero para que se dé hay que partir del hecho de que la oferta y la demanda no coinciden.

Para la demanda, rito de pasaje

¿Qué pretende la mayoría de los representantes cuando piden para sus muchachos la Primera Comunión? Quieren realizar el rito de pasaje de la pubertad con el ritual católico. El contenido es el rito de pasaje; el modo de celebrarlo es el católico. Se quiere realizar al modo católico, pero lo que se quiere solemnizar es el paso de la niñez a la pubertad.

En todas las culturas tradicionales han existido ritos de pasaje, y también existen en las culturas contemporáneas. Los ritos de pasaje más importantes son cuatro: el nacimiento, la entrada en la pubertad, los espasales y las exequias. El más imprescindible es el rito funerario, el que falta a veces es el matrimonial. Si faltan los otros dos es que esa cultura está en descomposición o que esas personas perdieron la vinculación con su cultura de origen y todavía no

han encontrado ubicación cultural, identidad. Todos estos ritos expresan que los seres humanos no somos meros animales, que nuestra vida no es un acontecer natural sino que lo característico humano es la elaboración cultural.

Así el nacer no es sólo el acto de parir de los mamíferos; por eso se lo solemniza con un rito en el que los padres entregan su hijo a un representante de la comunidad, el padrino, que promete encargarse de él. La comunidad acoge a ese nuevo miembro y celebra esa entrada. Pero como la vida es sagrada queda sellada por la acogida de Dios que lo hace suyo, que lo reconoce, que lo integra a su comunidad. La consagración a Dios acarrea la protección frente a cualquier tipo de mal, incluso la expulsión de las malas influencias que se le hayan podido pegar. Eso expresa en la religión cristiana el rito del bautismo. Lo expresa, no lo produce mágicamente. El niño siempre es hijo de Dios, pero solemnizarlo ritualmente es asumirlo conscientemente. Porque lo humano, y más todavía la relación de Dios con la humanidad, no sucede nunca automáticamente. Es una relación personal que debe ser consentida y correspondida.

Cuando la muchachita o el muchachito se desarrollan ya no son unos niños. Todavía tienen que crecer y aprender mucho. Pero, puesto que ya pueden procrear, han entrado en una etapa mucho más compleja que la de la niñez. El rito de pasaje de la pubertad va encaminado a que el niño se percate de que ya ha dejado de serlo y tome conciencia de que ya tiene que empezar a comportarse con responsabilidad. La realidad del sexo, que simboliza lo demás, no es pura fisiología y por eso no puede dejarse a las pulsiones. Lo humano, a diferencia de lo animal, es la elaboración cultural de los instintos. El sexo, cuando llega a integrarse a través del proceso de la adolescencia y la juventud, está llamado a ser expresión de amor, de entrega personalizada.

Cuando el muchacho se desarrolla es el momento de iniciarlo en los núcleos estructuradores de la cultura: los mitos que explican la constitución original del ser humano y su destino y el sentido de esta historia, las normas de comportamiento que de ahí

derivan, los modelos humanos con los que identificarse y a los que seguir. Es lo que se irá haciendo a lo largo de los años. Pero al comienzo las culturas han separado a los muchachitos para comunicarles lo más esencial de todo, su sabiduría de la vida. Esta entrega es una entrega sagrada. El sexo como símbolo de todas las pulsiones humanas, está llamado a ser una fuerza impulsora de vida humana; pero también puede desintegrarse del conjunto y convertirse en una fuerza destructora. Por eso el rito de pasaje a la pubertad, además de este aprendizaje sintético de lo esencial, incluye una purificación, digamos un exorcismo y acaba en una comunión con las fuerzas sagradas que todo lo vivifican y que preservan la calidad humana de la vida. A esa comunión con la fuente trascendente de la vida se asocia la comunidad adulta que acoge a esos nuevos miembros en su proceso de hacerse adultos. Y los recibe vestidos ritualmente como los quisiera ver en la plenitud del proceso: preparados para las nupcias. Por eso van vestidos de gala, de boda. Comulgan con la fuente sagrada de la vida para que lleguen a dar vida de un modo realmente humano.

En la religión cristiana la comunicación de los mitos fundantes de la vida, de la historia y del destino, la propuesta del modelo humano, y por consiguiente del seguimiento ético es lo que se llama catequesis. Si ésta es consciente de su cometido (hablamos de la de Primera Comunión, no de otros procesos de iniciación cristiana) debería centrarse en esos contenidos medulares: la bondad original de todo lo creado, la misión de la humanidad en la creación, la realidad del pecado en la historia, los símbolos fundamentales de la historia, y sobre todo la persona de Jesús de Nazaret como propuesta de humanidad cabal y camino ético de vida y propuesta de vida feliz.

Comunicado y asimilado este horizonte, viene el rito de purificación, que en el catolicismo es la confesión. Entonces la muchacha o el muchacho están preparados para la comunión. Comunión con Jesús, ese modelo trascendente de humanidad que no ha quedado confinado en un pasado que se aleja sino que es nuestro futuro, que nos atrae desde la casa de Dios a la que vamos. A esa comunión

se asocian los adultos de la comunidad que, alegres de recibir al nuevo miembro, celebran una fiesta. A la comunión asisten con trajes de novia o novio porque el rito solemniza la pubertad y porque la comunión con Jesús es la entrega personal a esas fuerzas humanizadoras que van a capacitar a los muchachos a asumir el matrimonio como misterio fecundo de amor.

Éste es el sentido de la Primera Comunión como rito de pasaje. Esto es lo que piden a la Iglesia la mayoría de los que inscriben a sus hijos para la Primera Comunión. El rito no exige la consciencia reflexiva de lo que acontece en él. Lo que exige es hacerlo. La mayoría de la gente no es capaz de hacer una reflexión clara y distinta de por qué quiere lo que quiere, pero sí sabe que lo quiere. Sabe, por ejemplo, que tiene que darse la catequesis y la confesión, que tiene que ir vestida de novia o novio y que tiene que haber un banquete. Eso lo sabe tan bien que no aceptará que se lo cambien. La conciencia del rito es terca y vuelve por sus fueros cuando se pretende violentarla.

Para la oferta, primera iniciación en el misterio cristiano

Creo que la mayoría de los agentes pastorales no entienden así la Primera Comunión. La entienden, después de la primera iniciación vicaria del bautismo (vicaria porque no la hace el niño sino los padres y padrinos por él), como la iniciación consciente y libre en el misterio cristiano y la entrada en alguna medida personal en la comunidad cristiana. Esta iniciación y pertenencia son iniciales ya que no puede pedirse más a alguien que comienza la adolescencia, pero se pretende que sean reales y verdaderas. Ya que sólo si se dan, al menos en un grado inicial, tiene sentido comulgar con Jesús y con su cuerpo que son los cristianos.

Como hoy no puede presuponerse un ambiente que inicie a los muchachos en el misterio cristiano y como apenas puede hablarse de una comunidad cristiana real, se requiere un proceso largo de catequesis que supla lo que ordinariamente no se da ni en la familia y en la escuela, ni en el vecindario, ni en los medios de comunicación, es decir en los canales de socia-

lización. Como cada vez estos canales son más ajenos al cristianismo cuando no opuestos a él, es preciso alargar cada año más este período de iniciación. Por eso bastantes parroquias lo alargan al menos a dos años. Y es cierto que, si esto es lo que se pretende, no puede acortarse más.

Pero la pregunta es si basta. No basta cuando a lo largo de la catequesis no se entabla el proceso de iniciación. Este proceso no es fácil que se dé si los muchachos no son enviados a eso ni ellos lo asumen así. Creo que éste es el caso de la mayoría. Sólo algunas catequesis familiares en las que en efecto los padres entran por este proceso y guían a sus hijos por él pueden dar por resultado una iniciación en el misterio cristiano. Pero hay que reconocer que en la mayor parte de los casos este proceso es interrumpido después de la Primera Comunión y no pocas veces se trunca para siempre, aunque algunas revive luego, porque sí existió. Ésta es la desazón de los agentes pastorales que se toman con absoluta seriedad la catequesis como proceso de iniciación. ¿Por qué se trunca? Porque la mayoría de los padres que se involucró en el proceso (que son una minoría), aunque tuvo una experiencia gratificante, como lo que buscaba era el rito de pasaje, cuando se dio ya no tuvo ningún objetivo para seguir.

Propuesta: la primera comunión como rito de pasaje

Mi propuesta parte de la importancia de los ritos de pasaje y de que éstos se celebren según el ritual católico. El que la dirección dominante del occidente mundializado (que es la figura histórica que hegemoniza o domina a la humanidad) gire alrededor de la producción y el consumo, vacía de contenido humano la vida. Y así los rituales giran alrededor de la producción (graduaciones, promociones, premiaciones) o combinan la productividad de unos con el consumo de los demás (torneos deportivos, premiaciones de espectáculos). Es crucial que las colectividades humanas no pierdan los ritos relativos a la vida humana como tal, y que al solemnizar las distintas fases de la vida de cada individuo le manifiesten su valor absoluto, más allá de su producti-

vidad y su capacidad de consumo. Pero también es crucial para que ese valor absoluto quede en efecto patentizado que los ritos que se pongan sean sagrados. No es lo mismo solemnizar la pubertad con la Primera Comunión que con el baile de quince años. Estas liturgias laicas, en el mejor de los casos, pueden tener una gran brillantez y generar mucha emoción, pero son un sucedáneo: no pueden dar los contenidos que son propios del pasaje a la pubertad y que son tan convenientes para transitarla humanizadamente. El que las personas se pongan en contacto con lo sagrado (no en el sentido de lo separado sino de la fuente trascendente de la vida y de la calidad humana de esa vida) les da peso, sustancia humana, densidad personal, la que sólo se consigue cuando el yo se abre a la trascendencia que lo funda y le marca el rumbo y el destino.

La institución eclesiástica debería hacerse cargo de la responsabilidad que tiene respecto de esta demanda cultural, tan legítima. Mucha gente quiere que sus ritos de pasaje se den dentro de la ritualidad católica. Esto es nada menos que un signo de los tiempos. Hay aquí una oportunidad de salvación. Pero para que acontezca, los agentes pastorales tienen que hacerse cargo de qué va la cosa. En este caso, la Primera Comunión debe ser asumida como rito de pasaje tal como lo hemos analizado. Así ha de ser explicado a los representantes y así hay que plantear, tanto la preparación, como las ceremonias de confesión y comunión. Si éste es el contenido de la catequesis, debe durar de cuatro a ocho meses, debe involucrar en todo caso a la familia, y todo en ella debe enfocarse a lo que este pasaje requiere. No es el momento de dar una doctrina cristiana convencional sino, como se dijo, los mitos que sirven de horizonte, y sobre todo, la figura de Jesús como camino de vida. Y las ceremonias de purificación y comunión deben hacerse con toda dignidad, no una dignidad postiza, mundana, sino la dignidad del propio rito que es infinitamente mayor, aunque también más sobria y centrada en lo que acontece en él realmente. Todo debe ser hermoso y memorable.

Creo que si esto se da con todas sus potencialidades latentes constituye

sin duda un hito en el proceso de iniciación en el misterio cristiano, aunque no sustituye a este proceso. Este proceso debe ser acometido por sí mismo. Tiene sentido que sea presentado tanto a la muchacha y muchacho como a sus representantes, pero no se compadece con la libertad que debe revestir aprovecharse del interés en el rito de pasaje para meterles el proceso de iniciación. Así no se dará ni lo uno ni lo otro. La iniciación es un problema que tenemos que resolver, que no se puede resolver ni en el ámbito escolar ni en el rito de pasaje que es la Primera Comunión. Saber por dónde no hay que buscar ayuda a no tomar caminos que no conducen y a no desaprovechar esa oportunidad de prestar con la mayor gratuidad, sabiduría y calidad el servicio de los ritos de pasaje, tan fecundos y consoladores, si se les hace justicia y no se los aprovecha para otros objetivos.

PEDRO TRIGO, S.J.

Teólogo. Miembro del Consejo de SIC